

ORIHUELA EN LOS AÑOS SESENTA: MI ENCUENTRO CON LA MEMORIA Y LA POESÍA DE MIGUEL HERNÁNDEZ

Por
CLAUDE COUFFON

Fue en abril de 1962. Invitado por la Universidad de Murcia a pasar algunos días entre sus muros, había comunicado al profesor D. Antonio de Hoyos mi deseo de visitar Orihuela, la ciudad donde había nacido Miguel Hernández. Mi intención le encantó al igual que lo sorprendió. Veinte años después de su muerte acaecida en la prisión de Alicante, la condena oficial continuaba royendo la espalda ya sin eco del poeta y pocos escritores, exceptuando al admirable D. Vicente Aleixandre, se atrevían a desafiarla para manifestar públicamente su admiración. Una sola antología, establecida por Arturo del Hoyo, circulaba. Francia, en cuanto a ella, aún bastante lorquiana, lo ignoraba. La víspera, al leer la revista *Oleza*, publicada de vez en cuando en Orihuela, unos títulos habían sorprendido mi atención: *Las cuartillas que leyó Miguel Hernández*; *Ramón Sijé y Miguel Hernández*; *Carta de Miguel Hernández a Carlos Fenoll*. Ilustraba el conjunto una fotografía del poeta inaugurando la plaza de Ramón Sijé de Orihuela, en 1936. Así, pues, su ciudad natal parecía conservar intacto su recuerdo...

La ciudad, la vi bruscamente surgir a través del cristal del automóvil: ocre, color de tierra, en medio del encantamiento verde de la huerta: verde azafranado de los limoneros y naranjos, verde suave y brillante de las moreras, verde intenso de las eras de habas, verde negro de los olivos, verde áspero de las pitas y chumberas, verde arrogante de las palmeras... Orihuela no había conocido todavía las obras de urbanismo que, de verdad, la han embellecido. El coche se internó en callejuelas estrechas, apacibles, con casas cuidadosamente enjalbegadas, algunas amarillas, verdes, azules o rosadas, pero la mayor parte, como he dicho, ocre, como si este gran poblado rural deseara reflejar simbólicamente la substancia de la que se extraía su riqueza. Aquí y allá algunas fachadas suntuosas mostraban sus miradores o sus balcones de extravagantes rejas, sin flores ni follaje. Simplemente, una larga palma seca se lanzaba a veces con elegancia de un extremo al otro de un balcón.

Nuestro coche se detuvo ante los altos cristales del Casino. Era —¿lo sigue siendo?— el centro de encuentro de los notables y la residencia casi permanente de dos hermanos simpáticos y calurosos, los Escudero. «Voy a consultarles, me confió D. Antonio. Ellos

conocen a todo el mundo en Orihuela. Podrán decirme si aquí quedan amigos de Miguel Hernández».

Los hermanos Escudero aparecieron pronto para presentarme a los que, en su juventud, conocieron a Miguel y no tardaron en revelarme una imagen muy particular: la de un Miguel admirado en su época rural pero de quien se había alejado cuando el poeta había escogido una causa que no era la de ellos. Muchos, desde luego, han desaparecido. Abogados en su mayoría, éstos se llamaban –algunos aún subsisten– Antonio García-Molina Martínez, José Escudero Esquer, Alvar Botella Martínez, José Martínez Arenas...

José Martínez Arenas era entre todos –lo supe dos días más tarde al visitarle en su despacho del 12 de la calle de San Pascual– aquél que poseía inagotables tesoros. Decano honorario del Colegio de Abogados de Orihuela, ex alcalde de la ciudad, dos veces diputado a las Cortes, D. José escribía sus recuerdos, un libro titulado *De mi vida*, en el cual dedicaba a Miguel un importante capítulo. Había sido consejero del padre del poeta y del de Ramón Sijé, y había estimulado, pagando los gastos de impresión, los primeros brotes poéticos del joven cabrero. Conservaba en una gran carpeta negra, junto con las cartas de Miguel a Sijé y a él mismo, un pequeño pliego de color amarillo, sin fecha (¿1935?), firmado Miguel Hernández Giner: *Elegía media del toro*; un poema de quince tercetos y un verso final, cuyos primeros versos decían: «Aunque no amor, ni ciego, dios arquero, / te disparas de ti, si comunista / vas al partido rojo del torero...». Cuando, al final del año 1931, Miguel quiso abandonar Orihuela para probar fortuna en la capital, D. José Martínez Arenas redactó una carta de recomendación para Concha Albormoz, cuyo padre era entonces ministro de la Justicia. Y en mayo de 1932, después de un primer fracaso, felizmente no definitivo de nuestro poeta, le mandó el dinero para regresar a su pueblo.

Sin embargo, fue a un modesto maestro nacional a quien debí, al cabo de una semana de estadía, mi más bello descubrimiento. Francisco Giménez Mateo vivía en una modesta casa de la calle de las Cuatro Esquinas. Hombre discreto y apasionado, visceralmente antifranquista, nunca tuvo miedo al conservar entre sus papeles los periódicos de Orihuela que daban a conocer las composiciones juveniles de Miguel, aspirante a poeta. La primera, *Pastoril*, fechada del 30 de diciembre de 1929, «en la huerta», había sido publicada por el diario local *El Pueblo de Orihuela*; la última, *Siesta*, había aparecido en el número del 15 de mayo de 1931 de *Destellos*. Y así, durante un año y medio, Miguel había publicado unos treinta y cuatro poemas, la mayor parte en *El Pueblo de Orihuela*, pero también en *Actualidad* y en los bimensuales *Voluntad* y *Destellos*. Contando con el acuerdo de Francisco Giménez Mateo, recogí la preciosa cosecha que incluí, meses más tarde, en marzo de 1963, en mi libro *Orihuela y Miguel Hernández*, bajo el título *Poemas de Orihuela*.

Para escribir estos cuantos recuerdos, vengo de releer los *Poemas de Orihuela*. Estos primeros versos no son, de verdad, excelentes ya que revelan todavía demasiadas influencias líricas anticuadas y lecturas de formación. Sin embargo, su naturalidad para expresar el medio ambiente es reveladora. Miguel era un niño pobre. Miguel era un campesino. Miguel era un pastor. De no haber nacido en Orihuela, tierra rica pero donde muchos vivían modestamente de sus productos, él no habría llegado a ser el poeta mayor que hoy celebramos. El largo y amplio contacto con la frondosa voluptuosidad de la huerta había afinado su sensualidad natural, la tierra lo había alimentado con sus zumos y, por consiguiente, había prohibido a su sensibilidad cualquier cerebralismo poético gratuito, cualquier imagen ficticia. Miguel, que debía crear tantas metáforas nuevas cantó siempre con una exigente sinceridad los temas esenciales del hombre: el

amor, la felicidad y el dolor, el combate y la muerte. Y si Miguel tuvo que dejar Orihuela para lograr la plenitud poética, llevaba pegado a sus alpargatas el terrón íntegro de sus raíces.

En el barrio de Monserrate donde todas las casas se parecían, Vicente Hernández, el hermano mayor de Miguel, habitaba una casa modesta y silenciosa. Era un hombre bajo de estatura, tímido y sencillo, de rasgos acentuados como los de Miguel y sin embargo muy diferentes. Vicente Hernández había permanecido fiel a su destino de campesino. Con una tranquila voz cortada por largos silencios durante los cuales escuchaba su pasado, me habló de su infancia y juventud en Orihuela:

«Mi padre era cabrero y había decidido que tendríamos su mismo oficio. Era un hombre muy duro, autoritario, hasta violento cuando alguien se oponía a su voluntad. Cuando abandonamos la calle de San Juan, donde habíamos nacido Miguel, Elvira y yo, para instalarnos en la calle Arriba, Miguel comenzó a ayudarme a cuidar las cabras. En los primeros tiempos, como todavía era muy pequeño, se quedaba en el patio con las madres y sus crías, y yo conducía al grueso del rebaño a la huerta. A él le gustaba pasar horas enteras sentado cerca de los animales, sin moverse, mirándolos. Iba a la escuela de los niños pobres del barrio, era buen alumno pero no tenía tiempo para estudiar: apenas regresado de sus clases, mi padre lo obligaba a encerrarse en el patio con las cabras. Más tarde, los jesuitas del colegio se interesaron mucho a él y en varias ocasiones vinieron a nuestra casa para convencer a mi madre que dejara a Miguel ingresar en su Orden. Tenía alrededor de quince años cuando mi padre le hizo saber que sus estudios habían terminado. Miguel leía sobre todo por la noche, cuando todos estaban acostados, en el cuarto del patio que él y yo ocupábamos. A veces mi padre lo sorprendía y se levantaba para apagar la luz. Entonces se producían escenas terribles, que nos dejaban aterrorizados. A menudo, también, Miguel se llevaba libros a la hurta y leía mientras cuidaba las cabras. Lo que me asombraba a mí que era de salud más bien delicada era que él se sentara no importaba donde, casi siempre con la cabeza a pleno sol, y que no pareciera sufrir el calor... Me acuerdo muy bien como trabajaba cuando tenía diecinueve o veinte años. Los sábados, antes de retirarse, mi madre le preparaba una comida fría que anudaba a un gran pañuelo. Al amanecer del día siguiente, llevando en la mano su atadito y su vieja máquina de escribir, Miguel trepaba por las rocas, detrás de nuestra casa, hasta la Cruz de la Muela y se pasaba el día allí arriba, solo, componiendo sus poemas...».

Vicente me hizo visitar la casa que ellos habían ocupado en el 73, calle de Arriba, y que todavía no estaba transformada en museo. En este barrio popular, los gritos de los niños llegaban hasta el rincón donde el poeta adolescente había establecido su universo: un mundo de árboles y de flores que cultivaba con amor, un retiro donde podía soñar sin dar la impresión de que infringía la voluntad de su padre. Vi, entre unas chumberas, la morera y las tres higueras que plantó Miguel y cantó: «Paraíso local, creación postrera, / si breve de mi casa... / Adán por afición, aunque sin Eva, / hojeo aquí mis horas, / viendo al verde limón cómo releva / de amarillo sus proras, / y al higo verde hacer obras medoras...». Pero el abandono reinaba en el «jardín» de Miguel. Una de las higueras, mortalmente herida, ya no era más que un tramo deforme, y el limonero había desaparecido.

Lo sentí pronto: en nuestras conversaciones de Orihuela, el agotador encarcelamiento de Miguel y la muerte que éste provocó envenenaba la memoria de sus antiguos compatriotas y protectores. Las heridas abiertas por la guerra civil no estaban aún cicatrizadas y pulsiones de pasión y a menudo de odio oscurecían las miradas de algunos. En el recuerdo que no faltaba de fervor, todo parecía detenerse el 14 de abril de 1936, cuando Miguel había venido de Madrid a inaugurar en Orihuela la plaza dedicada a su

amigo Ramón Sijé. Sólo Francisco Giménez Mateo y Vicente Hernández recordaban la detención del poeta, el 29 de septiembre de 1939, o más bien lo que el rumor miedoso de la calle había dejado filtrar.

Fue Vicente quien me contó el martirio de Miguel en la Penitenciaría para adultos de Alicante:

«Pude verlo tres veces. La primera, durante el verano de 1941. Yo había conseguido obtener un permiso de visita. Él estaba apiñado con muchos otros presos en una celda prevista para una sola persona. Su pobre ropa estaba en jirones. Su aspecto revelaba un total abandono, se veía que no disfrutaba de ningún aseo. Pero conservaba la tranquilidad, la energía, el ánimo que yo le había conocido siempre... Cuando pude verlo por segunda vez, ya lo estaba destruyendo la enfermedad. Como estaba muy mal alimentado y se negaba a tomar el pan que le ofrecían sus compañeros al verlo tan debilitado, había sufrido una especie de infección intestinal. Casi en seguida ésta se había convertido en fiebre tifoidea... Además, en la atmósfera confinada de su celda, se ahogaba. Necesitaba el aire libre, el sol, el campo. En un presidio al aire libre, incluso a la intemperie, quizás no hubiera sucumbido. Pero allí se ahogaba, verdaderamente... Viéndolo en tal mal estado, hice una gestión ante la dirección de la penitenciaría para conseguir que le hicieran una radiografía. En la enfermería de la prisión no había aparatos, pero mi solicitud fue aceptada. Escortados por dos guardias, fuimos hasta el consultorio del barrio de Benalúa. La sala de radiografía estaba llena de gente y tuvimos que esperar nuestro turno. Miguel estaba tan débil que tuvimos que sostenerlo durante todo el tiempo. El doctor Antonio Barbero, después de examinarlo con los rayos X, diagnosticó una tuberculosis pulmonar. El pulmón izquierdo estaba perdido. "No se inquiete –me dijo–, su hermano vivirá. Pero hay que ventilar el pulmón. Vamos a hacerle una incisión...". Regresamos a la cárcel... En marzo de 1942, pude visitarlo de nuevo. Estaba en la enfermería, en un estado de agotamiento casi total, junto a otros noventa o cien enfermos. Le habían hecho una incisión en el pecho izquierdo para colocar una cánula. Pero al contacto con la cánula la incisión se había infectado y supuraba y la taponaban con algodón y gasa. Miguel sufría, pero no decía nada. Yo ya no volvería a verlo vivo. En la segunda quincena de marzo, cuando el mal empeoró, las visitas fueron suspendidas. Miguel murió el 28 de marzo, a las cinco y media de la mañana. Debimos hacer gestiones durante todo el día con Justino Marín, el hermano de Ramón Sijé, que me acompañaba, para que no fuera inhumado en plena tierra, como un pobre, sino en un nicho...».

Yo estaba a punto de salir de Orihuela para regresar a Francia cuando me llevaron a casa de Luis Fabregat Terrés que había sido compañero de Miguel durante sus tristes años de prisión. Internado como Miguel por razones políticas, Luis Fabregat había recobrado pocos meses antes su libertad. Era un hombre de temperamento fogoso, directo, incapaz de disimular sus pensamientos y simpatías. Me dejó una conmovedora confesión:

«El azar nos hizo llegar casi al mismo tiempo a la penitenciaría de Alicante, en junio de 1941. Como el Seminario de Orihuela donde estábamos encerrados había sido devuelto a sus primeros ocupantes, nosotros fuimos enviados hacia dos sitios: los prisioneros cuyo proceso estaba en curso, a Elche; los condenados a diversas penas, a la Penitenciaría. Como los recién llegados, por medida de higiene, debían pasar algunos días aislados de los otros presos, y nosotros éramos numerosos, nos habían ubicado en el ex-refectorio de la prisión. Una tarde, yo estaba matando el tiempo jugando una partida de ajedrez, cuando oí una voz que gritaba por encima de mí, desde la ventana de una celda de la galería contigua al refectorio: "¿Hay aquí alguno de Orihuela?". Me di la vuelta y, alzando los ojos, tuve la sorpresa de verlo: "¡Miguel!". Cuando salimos del refectorio, ya terminado el período de observación, volví a verlo en el patio y pudimos hablar. Había llegado hacía poco de la prisión de

Ocaña y ocupaba la celda número 100 en la cuarta galería. En Madrid, el Tribunal militar lo había condenado a muerte, pero al cabo de algunos meses de cruel incertidumbre su pena había sido conmutada por la de treinta años de prisión. Después de pagar un año y medio de su condena en Palencia y Ocaña, acababa de ser transferido a Alicante. Sus compañeros de celda –Ricardo Fuente, José Ramón Clemente, Rigoberto Martín Lloret, Luis Jiménez Esteve, estos tres últimos de Alicante– eran simpáticos. Sobre todo Martín Lloret, muy bromista, lo divertía, y las relaciones entre ellos eran fraternales. Una sola nube oscurecía de vez en cuando este ambiente, provocando entonces un terrible estado de depresión: la idea de que Josefina y su hijo Manuel Miguel no debían comer lo necesario... Cuando el reglamento se hizo más flexible nos vimos todos los días, largamente, en su celda, en tal o cual dormitorio, sobre todo en el patio, donde pasábamos horas enteras por la tarde después de la siesta reglamentaria. Allí en el patio trabajaba él. Había decidido aprender el inglés y daba vueltas en círculo con su libro en la mano y una toalla anudada en torno de su cabeza rapada para protegerse del sol. En cuanto a su actividad poética, era muy discreto. Hablaba de sus proyectos pero nunca nos mostraba sus poemas cuando éstos estaban terminados. A lo sumo aceptaba de vez en cuando leernos algunos fragmentos. Debía componerlos y retenerlos de memoria para copiarlos para la noche en su celda, a la luz de la pálida lámpara permanentemente encendida. Por otra parte, él repetía a menudo: “No tengo archivos mejores que mi memoria”. Los poemas los copiaba sobre hojitas de papel higiénico, porque le resultaba más barato».

Pregunté a Luis Fabregat Terrés si había visto algún día a Miguel un poco más feliz, y la respuesta fue instantánea:

«Sin ninguna duda, fue aquel día en que pudo, libremente, tomar a su hijo por primera vez en sus brazos. Desde su transferencia a Alicante, Miguel había tenido la posibilidad de ver –¡con qué alegría!– a su mujer y a su hijo casi todas las semanas, detrás de las rejas del locutorio. Pero el 24 de septiembre de 1941, día de la Virgen de las Mercedes, patrona de los presos, fue autorizado como todos los hombres casados a recibir a su familia en el patio de la prisión. ¡Cómo olvidar la escena!... Él estaba allí, en un rincón del patio, teniendo en sus brazos entorpecidos los juguetes que otros presos habían fabricado para la ocasión. Cuando vio entrar a Manuel Miguel, este niño frágil de dos años y medio que los guardias llevaban de la mano, sus ojos comenzaron a chispear de alegría. Pero cuando el niño se trepó a sus brazos, fue el delirio. Durante toda la mañana y parte de la tarde, él se pasó mirándolo con ojos brillantes, mientras su hijo iba y venía por el patio, empuñando y rompiendo esos frágiles juguetes de cartón y madera. Josefina había traído pan, fruta, algunos de esos alimentos que tanta falta le hacían, pues solamente bebía la leche de cabra que su hermano Vicente le enviaba por intermedio de su hermana Elvira. Pero él no comió. Simplemente, miraba correr al niño».

Mi última pregunta fue para saber cuándo los dos compañeros se habían visto por última vez.

«Fue la misma noche de su muerte, me contestó Luis Fabregat. Él había conservado su pleno conocimiento. Me dijo que se sentía muy mal y que ya no tenía ninguna esperanza. Murmuró, mirándome: “Luis, yo sé por donde va la procesión...”. Murió al amanecer, sin sufrimientos. Los enfermeros, que conocían nuestra intención de recoger sus papeles, nos los llevaron inmediatamente. Eran apuntes garabateados con lápiz que intentamos descifrar y copiar sobre un papel mejor. Ante la dificultad de la empresa, decidimos finalmente conservarlas tal cual, a fin de confiárselas a Gabriel Sijé a penas se presentara la ocasión. Algunos días más tarde, éste hizo varias copias a máquina y remitió los originales a Josefina. Nosotros nos presentamos también ante la Dirección de la Penitenciaría con la esperanza de obtener la autorización para moldear una máscara mortuoria. Nos respondieron que únicamente podría ser acordada por la Dirección General de Prisiones. No pudimos obtener-

la, pero a pesar de todo fuimos autorizados a velar el cuerpo de Miguel hasta la hora del entierro. Por otra parte, éste tuvo un carácter excepcional. En efecto, hasta ese día, cuando un cadáver dejaba la prisión, resonaba un solo toque de corneta y los que se encontraban en el patio se ponían sencillamente de pie al paso del féretro. Para Miguel se formó un verdadero cortejo hasta la puerta de la penitenciaría. Y, también por primera vez, la banda de la prisión fue autorizada a tocar una marcha fúnebre...».